

Viernes 29 mayo 840.

(2 reales.)



LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 13.

EDUCACION.

Influencia de las mugeres en la sociedad.

ARTICULO 7.º



MUGERES salvages.—En los pueblos civilizados las mugeres poseen mil medios de restablecer entre ellas y nosotros la balanza del poder por sus encantos, astucias y coqueteria; pero entre los salvages, cuya grosera taciturnidad no concibe idea alguna social, pierden toda esperanza; su debilidad sin apoyo, y su vida al lado de los hombres no es sino un prolongado suplicio. No deja de haber, es verdad, algunas escepciones; pero en general la suerte de la muger es horrorosa. Entre los hotentotes, ésta educa al hijo varon hasta la edad de la pubertad. Terminada la ceremonia de la admision



de éste entre los hombres, el jóven hotentote aprovecha la primera ocasion de volver á la choza de su madre, y maltratarla á golpes, para declararle de tal suerte, que ya no se halla en su poder.

Si la mayor parte de los salvages son tiranos y verdugos de sus mugeres, sin embargo por una antítesis bien chocante se descubre en otros una especie de veneracion hácia el sexo. Los hurones por egeemplo, hacen esclavas á sus mugeres; mas apenas son madres, les profesan gran respeto, las admiten en sus consejos, y tienen voto decisivo de la paz y la guerra. Cuando una matrona quiere hacer tomar las armas á un guerrero, sea para aplacar los manes de sus parientes muertos, ó por reemplazar los prisioneros, le envia un collar de mariscos. Con tal prenda se cree el salvage comprometido tan irresistiblemente como lo estaban antiguamente nuestros caballeros con los colores de su bella.

En los Natches reinan las mugeres. Como aquellos pueblos adoran al sol creen, que su soberana descende en línea recta del astro, al paso que el marido no pasa de un simple mortal á quien elige comunmente de una clase oscura para disfrutar mas tranquilamente de su superioridad. Si muere, el marido y familia estan obligados á seguirla al otro mundo para que nada le falte.

¿No es realmente cosa honrosa que en naciones tan bárbaras haya inspirado el sexo algunas ideas de respeto y estimacion? El salvage errante ama la muger en general, sin tener predileccion hácia esta ó la otra que se presenta á sus ojos. Esta nada puede sobre los hombres errantes por los bosques; mas lo puede todo desde que empiezan á edificar cabañas, aunque solo las habiten por la noche.

En resúmen las mugeres de los salvages no tienen otro presente ni porvenir que una série no interrumpida de penas y dolores; mas á lo menos no estan encerradas como en Asia. Parece que sea algun consuelo el decir: una muger salvage, si es muy desgraciada, puede huir á los bosques, y emplear de su fuerza y destreza para salvarse de sus tiranos; al paso que una muger aprisionada en el serrallo parece mas infeliz aun en medio del lujo que la rodea. A aquella todo le falta; pero al menos tiene libertad.

EL DELANTAL AZUL.

Continuacion.

Habian pasado dos años desde el hallazgo de Amalia. Mad. Dupré pudo sacarle con dificultad, y progresivamente, que vivia muy lejos de allí, que tenia padre y madre, los cuales disfrutaban de comodidades, y que se llamaba Amalia; que yendo en un coche con su mamá y papá despues de algunos dias de viage, apearon los tres á la entrada del bosque, la dejaron sentada en la espesura, dándole algunos dulces para entretenerla, y desaparecieron. Entonces fue cuando la halló Madama Dupré.

Entre otros que frecuentaban la casa de esta señora habia dos oficiales retirados de marina, camaradas que habian sido del difunto Mr. Dupré, y se llamaban Mr. Berton, y Mr. Arseuil. El primero oyó con

interés la relacion del hallazgo de la niña, y desde entonces la hizo su favorita regalándola continuamente. El segundo se informó menudamente de las circunstancias del suceso, examinó á la niña, y dominado por una preocupacion inexplicable, se fijó en el delantal azul que llevaba, clavando en él sombrías miradas. Desde entonces, aunque continuó visitando la casa, miraba siempre de mal ojo á Amalia; escapósele alguna vez la espresion de *miserable bastarda*, y en una ocasion llegó su estravío de razon hasta querer arrancar el delantal á la niña, y rasgarlo.

Un dia recibió Mad. Dupré un anónimo concebido en estos términos: «Aguardadme por espacio de siete dias continuos en el bosque que hay á la orilla izquierda del camino de Brest, y llevad con vos á Amalia. Allí sabreis quien es.» Aunque tan estraña invitacion podia envolver algun lazo, la persuasion de Mad. Dupré, de que era imposible tuviese enemigos, lo frecuentado del sitio que servia de paseo, y la curiosidad de penetrar el misterio que rodeaba á su protegida, la decidieron á acudir á la cita. Asi lo hizo seis dias infructuosamente, y al anocheecer se retiraba triste á su casa, exclamando: *no viene*. El dia que espiraba el plazo fijado por la cita, iba ya á regresar á casa, creyendo haber sido juguete de algun engaño, cuando á la salida misma del bosque se le acercó un mendigo y le pidió limosna. Habia acostumbrado Amalia á egercer la caridad con los pobres, y ella era la depositaria y dispensadora de las limosnas. Metió segun su costumbre las manecitas en los bolsillos del delantal, sacó una moneda y la dió al mendigo, quien la recibió diciendo: gracias, hija mia: no me habian engañado. Y volviéndose á Mad. Dupré, apartó la capa andrajosa, y dejó ver un traje decente y limpio. Os agradezco, añadió, vuestra puntualidad, y voy á recompensarla. Yo soy el padre de Amalia. Casado con una muger que adoraba, é idólatras ambos de este amable vínculo de nuestro cariño, pasabamos los dias felices en el seno de la abundancia. Un tercero que no os nombraré, vino á turbar tan pura dicha.

El dia del cumpleaños de mi esposa, estrenó Amalia entre otras cosas un vestido, un collar y zarcillos. La modista que cosió la ropa la volvió plegada. Por una curiosidad natural, desdoblé el delantal, y en un pliegue interior advertí un pequeño papel. Abro y leo: venia dirigido á mi esposa, y decia asi: «Luisa, te aguardo con impaciencia mañana á las seis de la tarde en casa de la modista. Da un tierno beso á nuestra Amalia.» Creo soñar; alargo maquinalmente el billete á mi esposa y se turba. ¡Ah! Mi delirio me dió á ver en ello la confusion del crimen, y no era sino la alarma y rubor de la inocencia ultrajada. Sin pensar en buscar al seductor, á quien tenia seguro, ni arrestar á la modista en cuya casa se puso el billete en el delantal, pongo á la niña sus vestidos y el fatal portador de mi creido deshonor, montamos en un coche y nos dirigimos á Brest. En este bosque que se halla á orillas del camino, vi lugar á propósito para mi intento. Apeamos del carruage, y dirigiéndome á mi esposa que desde la salida de nuestra casa permanecia como estúpida é insensible, le dije: «Aqui dejo á vuestra hija, pues no debe existir ya nada de comun entre ella y mí.» Pronunciadas estas espresiones la arrastro al coche no obstante sus gritos y lamentos.

Llegamos á Brest. A los ocho dias Luisa habia dejado de existir. La cuidé con esmero, y conocí que la amaba. Recibió los sacramentos. Al tener delante el sacerdote con el viático se volvió á mí, y con voz so-

lemne y que aun resuena en el fondo de mi corazon, me dijo: *soy inocente, y Amalia es tu hija*; y comulgó.

El dolor me volvió loco: vuelto en mí, indagué, y reconocí mi error. Luisa era un ángel. Busqué al infame, que creía tener seguro: el cobarde había desaparecido. Pero le buscaré y.... Perdonad, dijo interrumpiéndole Mad. Dupré, yo conozco un sugeto que tal vez podría daros luz en el particular, pues parece conocer á vuestra familia, y persuadido de la creida infidelidad de vuestra difunta esposa...—¿Quién es? ¿cómo se llama? dijo el supuesto mendigo.—Es oficial retirado de marina, y se llama Mr. Arseuil.—¡Oh Dios! mi hermano, y mi asesino.... llevadme que yo le vea, y le atraviese el corazon á puñaladas.

(*Se concluirá.*)

LA MONJA EMPAREDADA.

I

Un viento norte cargado de nubes oscuras y vapores densos rugía por entre los abetos seculares del bosque de Glington, y llevaba á largas distancias con el eco de las ramas que chocaban entre sí, el de los aullidos de los lobos, y graznidos de los cuervos, que saludaban en su terrible idioma la revolucion de la naturaleza. En medio de la verdinegra tinta de la arboleda se destacaban inmobiles los piramidales ó campanarios de la abadía de Selkirk, semejantes á dos hadas presidiendo á los estrepitosos misterios de la tempestad, y dirigiendo la marcha de las exhalaciones. El trueno retumbaba contra sus macizas paredes, y la fachada del monasterio repetía un eco sordo y apagado cuando se estrellaban contra ella las gruesas gotas del aluvion.

Envuelto en su capa, y á corta distancia de la pared del jardin se hallaba un desconocido, al abrigo de un corpulento abeto, fijos sus centellantes ojos en la puerta que daba al campo, y apretando el puño de su espada con fuerza convulsiva. A poca distancia y en un espacio en que el bosque guarnecía el camino por ambos lados, sitio peligroso, y teatro de frecuentes robos y asesinatos, se divisaba una silla de posta con dos briosos caballos, y un cochero sentado en el pescante, aguardando sin duda las órdenes de su señor.

Este contó con agonía los minutos, la tempestad se alejaba, el día iba declinando, y el cielo presentaba una tinta gris y melancólica, que progresivamente se iba oscureciendo.

Una piedra cae á los pies del desconocido; este se precipita á ella, la besa, y corre á la puerta del jardin. Empuja, y la puerta cede. ¿Eres tú, Edith?—Sí, Ricardo—y un estrecho abrazo completó la esplicacion. Edith se ase trémula al paso que resuelta del brazo de su amante, y una religiosa sale del monasterio. La campana de este tocaba al coro. El carruage ya volaba por el camino, cuando las monjas se reunían; y se notó que faltaba una.

II.

Un vasto y sombrío recinto iluminado por una lámpara colosal era teatro de un sério y terrible conciliábulo.

La abadesa del monasterio de Selkirk hablaba á sus monjas. «Una mano sacrilega se ha introducido entre nosotras, profanado el templo del Señor, é introducido la confusion en su rebaño. ¿Dónde se esconderá la apóstata, que no le alcance nuestro poder?—Y respondieron las ancianas: Merece el *in pace*.—Y las jóvenes suspiraron.

Al dia siguiente fueron visitados los subterráneos, se removieron algunos huesos descarnados, y se dejó limpio un sepulcro. Al lado habia útiles de albañilería, cal y arena.

La abadesa presenci6 estos preparativos: la abadesa, venerada en el monasterio por su virtud, y porque dejando las pompas del mundo se habia sepultado en un claustro. Desgracias misteriosas la condugeron al sitio de la religion. Austera y rigurosa observaba la regla y la hacia observar. Jamás admitió en sí misma, ni permitió en sus súbditas ideas profanas. La palabra amor era proscrita. Y sin embargo habia corazones que amaban. Edith vió á Ricardo. La pasion les prestó sus prodigios para comunicarse, se amaron, y Edith buyó. Edith era huérfana y de familia ignorada. Recibió el velo, y profesó, sin haber satisfecho ni aun en el seno de una madre, ni una vez siquiera, el instinto de la muger, que es amar y llorar de ternura. Vió á Ricardo, y ambos sentimientos se refundieron. Cuando la besó éste en la mejilla, el aire que agitaba la atmósfera lanzó el velo entre los lábios profanos y el rostro sagrado, como para impedir el sacrilegio.

(Se concluirá.)

GEORRAFIA.

UNA NOCHE EN LOS ALPES.

Dios os libre de perderos de noche en las asperezas de los Alpes; de noche cuando ni una estrella siquiera resplandee en el firmamento, cuando ruge el huracan entre los árboles, confundiéndose con el aullido de los lobos, y el estrépito de los torrentes. Dios os libre, porque un frio maldito entorpece los miembros, y hace penetrar hasta los huesos dolores inesplicables. El pecho palpita bajo un inmenso peso que se aumenta por instantes. La cabeza arde, las ideas se chocan y confunden, el aliento húmedo de la boca se hiela sobre los labios y los despedaza... Ademas en aquella inmensa soledad tiene uno miedo; miedo terrible, aun aquel que desafía la muerte frente á una batería fulminante: aun aquel que se ha visto sin temblar sobre el puente de un navío hecho pedazos en medio de las olas. Miedo, sí; porque acaso debajo de vuestros pies hay un precipicio, y si dáis un paso os tragan sus abismos. Sin embargo, no os detengais, porque la nieve que cae os sepultaria lentamente bajo un helado sudario: este coagularia vuestra sangre; os adormecería lentamente en un doloroso estupor, y sentiriais vuestra existencia suspenderse, detenerse, acabar. No perderiais una sola crisis, un solo paso de vuestra agonía, y solo perderiais el conocimiento y la desesperacion, cuando la obra de la muerte se hallase terminada.

Tales eran las torturas y angustias de un viajero perdido en 1793 en las inmensas soledades de los bajos Alpes: iba errante y sin guía desde por la mañana, y no divisaba rastro de habitacion.

Llegó la noche, y quebrantado de fatiga, y devorado por el hambre

se detuvo, perdida toda esperanza, y resignado á morir. De repente vuelve de su abatimiento, cobra nuevas fuerzas y resolucion, y echa á andar. Al cabo de una hora de marcha, durante la cual estuvo mil veces á pique de caer al fondo de los precipicios, sino se asiera á algunas ramas que la feliz casualidad le deparó, su energía facticia le abandonó, y tendióse moribundo sobre una roca. ¡O dicha! de repente llega á su oído un sonido vago y dudoso, un eco de campanilla: ya se acerca; ya se aumenta.... ¡santo poder de Dios! es un perro, un perro á quien sigue un religioso. La Providencia no abandonó al fugitivo.... y este se ha salvado.

El religioso trasladó al convento al viagero á quien acababa de arrancar á una muerte segura. Vuelto en sí, gracias á los cuidados de los cenobitas, el emigrado olvidó los peligros de la noche, y se puso á conversar con aquellos, manifestándoles su admiracion de encontrar un monasterio, donde no creia posible edificar una choza.

Los monges que temian la fatiga y delicadeza de su huesped aplazaron para el día siguiente la esplicacion de aquellas maravillas, y le acompañaron á un aposento cómodo, y cuya comodidad resaltaba mas con el silbido de los vientos y aullidos de los lobos. Cuando el emigrado despertó por la mañana, y salió á respirar el aire puro y fresco de las montañas, se desplegó ante sus ojos un admirable espectáculo. El sol salia, vertiendo su púrpura y resplandores sobre algunas habitaciones á la italiana que se destacaban blancas y coquetas sobre la tinta rojiza de enormes rocas calcáreas. Dos picos dominaban toda la perspectiva, unidos en su cumbre por una cadena de hierro de 250 pies de longitud, de cuyo centro pendia una estrella de cinco puntas. Contemplando se hallaba el emigrado tan estraña cadena, cuando el monge que le encontró la noche anterior se presentó. «Este lugar, dijo previniendo la cuestion, se llama Moustiers, y la estrella no es otra cosa que las armas de Blacas. En 1215 un conde de Blacas prisionero en Palestina durante las cruzadas, hizo voto á Ntra. Sra. de Beausez su patrona, de consagrarle si le libraba, una cadena de oro en memoria de las que habia llevado entre los infieles. Salido del cautiverio quiso cumplir el voto; pero los religiosos de Moustiers le hicieron observar que ofrenda tan rica colocada en puntos inaccesibles, podria ser funesta á algunos cuya codicia tentaria; siendo mas prudente emplear su valor en obras buenas y en fabricar un hospicio. El buen caballero siguió el consejo, y se contentó con suspender á los picos una cadena de hierro.”

Aun hablaba el monge, cuando el emigrado ya se habia puesto de rodillas, y oraba con fervor. ¡Misterios de la Providencia! El emigrado era un descendiente de la familia de Blacas, y acababa de encontrar asilo en el hospicio fundado por uno de sus antepasados.

FERNAN RUIZ DE CASTRO.

I.
Dímelo todo, Fortun;

No me ocultes mi baldon,
Pues me anuncia el corazon

Que algo me callas aun.

Siempre fiel te conocí:

Yo te premiaré el afán

Con el tostado alazán,

Que tanto te gusta: dí.

—En vuestra ausencia, señor,

De noche me puse en vela,

Vigilante centinela

De pechos al corredor.

Iba la noche á su fin,

Y pude reconocer

Que bajaba una muger

De la cámara al jardín.

Salió un hombre de un laurel,

Y se encontraron los dos.....

—Dime pronto, vive Dios,

Quien es ella, quien es él.

—Desconocidos me son.....

Mas vuestro furor me acosa:

Tal vez fuera vuestra esposa,

Pues vislumbré su pellón.

—¡Oh cielos! ¡Estefanía

Pudo hacer tal maleficio!

¡Manchase con feo vicio

La que llamo esposa mía!

¡Hija del emperador,

Mancillar con torpe llama

Los timbres de tanta fama,

Los timbres de tanto honor!

¡Ah Fortun! Yo fui indiscreto.

De árbol malo, malas ramas:

Yo conozco que tú me amas,

Te confiaré un secreto.

Doña Sancha fue tan bella,

Que Alonso que es nuestro rey

Sin respetos á la ley,

Quiso ayuntarse con ella.

De Doña Sancha el hermano

Que llamaban D. Martin,

Se opuso con recto fin

A un amor que era liviano:

Mas Sancha que se indignó

Por la oposicion que hacia,

Comiendo con él un día,

Diole yerbas, lo mató.

Se entregó al rey con tal mancha,

Al rey le apuntaba el bozo,

Y con el furor de mozo

Disfrutó de Doña Sancha.

De esta union nació en mal día,

La que para mi tormento,

Me cupo á mí en casamiento,

Que se llama Estefanía.

¡Ah Fortun! Yo fui indiscreto.

De árbol malo, malas ramas:

Mas supuesto que tú me amas

Guárdame bien el secreto.

Voy á fingir un viage,

Mas seré tan buen testigo,

Que me esconderé contigo

Del jardín en un parage;

Y cuando se hallen los dos

Prodigándose ternezas,

Salgo yo de las malezas,

Y los mato, vive Dios.

¿Qué te parece mi plan?

¿Debemos llevarlo á cabo?

—Señor, yo soy vuestro esclavo.

—Te regalo el alazán.

Así, nacido en mal astro,

Por retirado sendero

Hablaba con su escudero

D. Fernan Ruiz de Castro.

J. Arolas.

(Se continuará.)

MODAS DE PARIS.

Agraciada y elegante en extremo es la moda que hoy ofrecemos á nuestras lectoras. Parecia al pronto que si en el corazon del invierno andaban boyantes los trages ligeros y escotados, la primavera los habia de producir aun mas vaporosos para que estuviesen en proporcion y consonancia con la estacion. Mas hé aquí que amanecen los brillantes dias de Flora, y con ellos un inmenso aparato de mantones, manteletas, vestidos cerrados, mangas estrechas, y todos los pertrechos invernales. ¿Cómo? decíamos. ¿Es posible que se cambien de esta suerte las ideas, y que las elegantes del Sena se complazcan en afectar anomalías, y escentricidades? ¿Pudo el nublado y pálido sol de

enero reflejarse en un terso y torneado cuello, sobre unos delicados hombros, y el amable sol de abril solo alumbrará celosas manteletas? Semejante extrañeza no podía ser duradera, y ya se ven como desprendidas del aire algunas sifidas de talle esbelto, y trage de *Psiquis*, vaporoso, ligero, impalpable y *modesto*.

Conservando aun el *muaré* como base, la figura varia enteramente; el cuerpo es abierto formando una V de corazon desde los hombros hasta la cintura. La abertura es doblada formando una especie de solapa guarnecida de una simple puntilla, la cual corre toda la circunferencia del vestido por bajo. El espacio que deja ver la abertura del cuerpo lo llena un camisolin blanco á pliegues cruzados, y en el punto donde se cruzan un lazo de oro ó camaleos. El peinado sencillo sin bucles, y una simple randa que cubre la parte posterior de la cabeza dejando ver apenas el peinado.

Para fuera de casa sombrero pequeño color de lila, con velo blanco, y un florón caído al lado. Manteleta de raso verde esmeralda, guarnecida toda de encage negro: guantes azules.

TEATRO.

Largo ha sido el interregno que nos separa de la última temporada; pero al fin se ajustaron las paces, y las hermosas vuelven á tener *teatro*, que lo es, además de las óperas y dramas, de sus triunfos y victorias.

Poco se puede decir hasta de ahora del giro que tomarán los asuntos teatrales, pues no se han publicado las listas; pero muchos de los nombres que hemos oído son para nosotros respetables, y garantes de buen éxito, y de complacencia del público. Nos tomaremos tiempo para juzgar, y de aquí al número siguiente podremos ya haber formado nuestra opinion, y sometidola al fallo de la ilustrada cuanto amable seccion de la sociedad para quien esclusivamente escribimos.

EMBLEMA DE LAS FLORES (1).

Agenjo. Es emblema de la *amargura*. Esta planta aromática crece en el mediodia de Europa, y contiene jugos amargos: de ella se hace un licor conocido con el mismo nombre. Un vástago de agenjo presenta en miniatura la figura de un álamo con todas sus ramas. Sus flores son sumamente pequeñas.

Acacia. Su emblema *amor platónico*. Este arbol es originario de los bosques del Canadá. Despliega en nuestros jardines su sombra ligera y olorosas flores. Los salvages de América han consagrado la acacia á los castos amores. Estos hijos del desierto ignoran el modo de espresar con palabras sus sentimientos; pero desgajan una rama de acacia florida, la ofrecen á la jóven salvage, y ésta la recibe ruborizándose.

Acanto. Su emblema *nudos indisolubles*. El vestido de la famosa Elena, muger de Menelao, se hallaba adornado con hojas de acanto bordadas en realce. Calimaco concibió la idea del capitel corintio, al ver la ofrenda que una nodriza puso en el sepulcro de una joven, y consistia en algunas joyas colocadas en un cesto rodeado de hojas de acanto.

(1) Todos los artículos que traten de este asunto, reunidos formarán un ramillete ó coleccion completa de emblemas.

VALENCIA.

IMPRENTA DE MANUEL LOPEZ.

1840.